

po: temed que lo que decís no sea para ruina de muchas almas, y que el objeto de estas aprensiones afectadas no se manifieste con infamia de muchos. En cuanto á la Iglesia, esta se asegura por las persecuciones: nada debemos temer por ella: «todo el peligro es para los que trabajan en arruinarla.» El arzobispo, antes de concluir, manifiesta á los obispos la nulidad de su apelacion y la irregularidad de sus procederes, con una fuerza de razones y una exactitud tan enérgica, que justifican al mismo tiempo su capacidad en el arte de escribir, y la reputacion que habia adquirido en el manejo de los negocios.

Una energía tan decidida y al mismo tiempo tan bien motivada, sacó al rey fuera de sí. Su inhumanidad llegó al extremo de perseguir á Tomás hasta en el asilo humilde que le quedaba fuera de su patria. Envió cartas llenas de amenazas al capitulo general de los monges del Cister, á fin de que arrojasen al santo huésped de la abadía de Pontigny. La hospitalidad que con él se ejercia, si hubiese continuado algun tiempo mas, debia haber sido castigada con la pérdida de cuanto poseian en los dominios del monarca en uno y otro lado del mar. Los solitarios virtuosos se vieron sin duda muy perplejos para esplicarse con el Santo sobre este particular; pero apenas oyó la primera palabra, les escusó que siguiesen adelante. La grandeza de su alma le cerró los ojos para no ver su propio interés, dejándolos solamente abiertos para reconocer el daño próximo de la subversion de tantos monasterios que hacian florecer la piedad en las dilatadas provincias de la dominacion británica. «Me afligiria en extremo, les dijo, si causase el mas leve perjuicio á aquellos que me han recibido con tanta caridad. En cualquiera parte donde fuere, aquel que alimenta las aves del cielo tendrá cuidado de mí y de los compañeros de mi destierro.»

Envió sin demora á comunicar esta resolución al rey Luis, el cual no la recibió desde luego con la tranquilidad del Santo. «¡Oh Religion, exclamó, oh Religion! ¿dónde habitas? Ved ahí esos hombres que creemos muertos al mundo, y á quienes los bienes de la tierra, cuyo desprecio profesan por Dios, hacen abandonar la obra de Dios y aquellos que sostienen su causa.» Volviéndose luego hácia los enviados del prelado les dijo: «asegurad de todo mi afecto á vuestro amo. No, no: aun cuando fuese abandonado de todos como de aquellos que se dicen muertos al mundo, yo jamás le abandonaria. Le defenderé constantemente con todo mi poder de cualquiera opresion que sufiere de parte de Enrique, mi vasallo, pues sufre por la justicia. Que escoja en mis dominios el sitio que mejor le acomode, y le hallará preparado.» Poco despues sin embargo manifestó tomar parte en la pena de los religiosos de Pontigny, y les dió gracias de lo pasado. «La Francia es, les dijo, á quien habeis honrado recibiendo á este digno obispo, y yo soy el obligado por este favor (1166).»

El Santo escogió la ciudad de Sens, y el rey mandó que se adelantase un señor con trescientos hombres para conducirlo allá desde Pontigny (1). Al despedirse de la comunidad no pudo contener sus lágrimas, por lo cual le dijo el abad: «admiro esta debilidad en una alma tan fuerte.» «La causa no es la que vos pensais, replicó el arzobispo; es que Dios me ha dado á entender esta noche que moriré con espada.» «¡Qué! continuó este buen solitario con una franqueza poco atenta, ¿vos seréis mártir, vos que no podeis vivir sin manjares delicados?» Igual prediccion hizo el Santo al abad de Valuisant. Habiendo primero exigido palabra de que se guardaria el secreto

(1) Gerv. Vit. lib. 3, cap. 18.

hasta despues de su muerte, dijo, que en la noche precedente se le habia figurado estar defendiendo la Religion dentro de la iglesia en presencia del rey de Inglaterra: que repentinamente habian entrado cuatro caballeros, quienes sacándole aparte le hirieron en la cabeza, causándole tanto dolor, que pensó caer desmayado. «Con todo, añadió, no es una muerte tan honrosa la que me aflige; yo bendigo por ella al Señor: siento lo que habrán de sufrir los que me han seguido.» Esta revelacion se supo de los abades mismos á quienes la refirió, y los cuales la publicaron despues de su muerte. En Sens se hospedó en el monasterio de Santa Colomba, donde durante el tiempo de cuatro años que permaneció, le visitó frecuentemente Luis el jóven proveyendo siempre con liberalidad á todas sus necesidades. Dos años fueron los que habia estado en Pontigny.

Durante este tiempo, Enrique II que parecia haber tomado este negocio con mas interés que el gobierno de todos sus Estados, le afligió con todas las penalidades y le armó todos los lazos imaginables. Hizo negociar en Roma, derramó el oro con tanta profusion y usó de tantos artificios que estuvo á punto de sorprender al Papa, é infaliblemente habria sobornado á un Pontífice menos íntegro que Alejandro III. Poco faltó tambien para que sorprendiese el noble candor de Luis el jóven, no obstante el afecto con que este príncipe generoso miraba la virtud perseguida en la persona del arzobispo de Cantorbery.

Queriendo los dos reyes, tan frecuentemente en guerra y en negociaciones uno con otro, entenderse al fin sobre varios puntos, se abocaron en Montmiral en la Percha, el dia de la Epifania del año 1169. Despues de haber concluido la paz, el rey de Inglaterra dijo al de Francia: «Señor, en este dia en que tres reyes presentan

sus homenajes al Rey de los reyes, yo y mis dos hijos, con mis Estados, nos ponemos bajo vuestra proteccion.» Entonces sus dos hijos Enrique y Ricardo se acercaron al rey Luis y le rindieron homenaje por los Estados del dominio británico situados en Francia, que su padre acababa de dividir entre ellos, y de los cuales Luis su soberano les dió la investidura. Con esta ocasion algunas personas de nota y de piedad persuadieron al arzobispo de Cantorbery que buscarse la gracia del rey de Inglaterra. Aquel príncipe que hacia toda suerte de papeles para triunfar en el negocio de las costumbres, finjió querer cruzarse para ir á Palestina luego que hubiese hecho en su honor la paz de la Iglesia. Este motivo, uno de los mas urgentes que pudo emplearse entonces, determinó al arzobispo á ir á encontrar al rey Enrique. Habiéndole presentado el mismo Luis el jóven, se postró el prelado á los pies de Enrique, el cual se apresuró á levantarlo. «Señor, dijo el arzobispo, vengo á implorar vuestra clemencia á favor de la Iglesia de Inglaterra. A vos mismo me refiero sobre nuestra discordia, salvo únicamente lo que debo á Dios.» A estas últimas palabras abandonándose Enrique á toda la fogosidad de su natural violento, llenó al Santo de baldones é injurias. Volviéndose luego al rey Luis: «Señor, le dijo, observad su artificio; todo cuanto se oponga á su dictámen no dejará de llamarlo contrario al servicio de Dios; de esta manera legitimará todas sus usurpaciones. Mas para convenceros de que el servicio de Dios no me es menos sagrado que á él, ved las ofertas que le hago: antes de mí ha habido muchos reyes en Inglaterra mas ó menos poderosos, y en Cantorbery igualmente muchos grandes y santos arzobispos antes que él. Pues bien; que me conceda lo que el mas grande de sus predecesores concedió al menor de los míos, y estoy contento.»



Esta proposición capciosa y vaga no dejaba de ser muy especiosa, sobre todo en boca de un rey. Esclamóse por todas partes que el príncipe se humillaba aún mas de lo que podía pedirsele, y que el arzobispo debía estar muy contento. Tomás, experimentado en los negocios y acostumbrado en particular á penetrar el espíritu falso de Enrique, conoció todo el peligro de este lazo y permaneció en silencio con un aire de sobresalto y de perplegidad. El rey Luis le dijo como agitado: «Señor arzobispo, ¿queréis vos ser mejor que los Santos? Ahí tenéis la paz, solo se trata de aceptarla.» — «Príncipe, le respondió, mis predecesores fueron sin disputa mas beneméritos que yo. Pero si se les escapó alguna debilidad, ¿deberá esta servirme de modelo? Condenamos á Pedro cuando niega á Jesucristo; pero cuando resiste á Neron con peligro de perder la cabeza, es digno de nuestra estimación y de nuestros elogios. No hay ejemplo ni razón que me induzcan á sacrificar la gloria de Dios para ganar la gracia de un hombre.» Una virtud tan pura y tan relevante no gustó á persona alguna. Los grandes de ambos reinos se levantaron contra él, y dijeron entre sí, con indignación casi uniforme, que merecía que los dos reyes le abandonasen.

Estos príncipes montaron prontamente á caballo, y uno y otro partieron sin saludar al arzobispo. La tristeza y la incertidumbre estaban pintadas en todos los semblantes, á escepción del rey Enrique que no pudo disimular su baja y maligna satisfacción, diciendo al volverse: «hoy en fin me he vengado de mi traidor.» El rey Luis caminaba triste y taciturno, seguido del arzobispo, á quien no dió la mas leve señal de atención, y aun cesó de suministrarle por espacio de algunos dias la subsistencia ordinaria. Al llegar Tomás á Sens, y no habiendo disposición de que las cosas muda-

sen de aspecto, los compañeros de su suerte enteramente perturbados le preguntaron á dónde se retirarian. Él les respondió tranquilamente y con rostro alegre: «el tiro es solo contra mí; luego que yo os deje, no os perseguirán mas. Me entrego en manos de la Providencia.» Dicen que hácia el Saona, en Borgoña, son muy humanos los habitantes; yo iré hasta allí á pie del mejor modo que pueda, acompañado únicamente de uno de vosotros cualquiera que quisiere seguirme: tal vez se apiadarán de nosotros, y nos darán con qué poder vivir hasta que Dios provea de otro modo.»

Aun estaba hablando, cuando se presentó apresuradamente un oficial de la corte á decirle que el rey le llamaba. Uno de los asistentes dijo: «esto es para estrañarnos del reino:» — «Vos no sois profeta, le dijo el arzobispo, no os metáis pues á hacer predicciones.» — Habiendo llegado á la presencia del rey, le hallaron sentado, la cabeza inclinada, y el rostro triste y pensativo. No se levantó como lo tenia de costumbre á recibir al prelado, y le convidó con frialdad á que tomase asiento. Todo les parecía un agüero funesto en el cual se les anunciaba á lo mas algun resto de piedad y alguna dificultad en desterrarlo. Pero sus conjeturas distaban mucho de lo que pasaba en el alma sensible de este príncipe. En toda la estension del camino que conduce desde Montmiral hasta Chartres, vió á los pueblos salir al encuentro del santo arzobispo, postrarse al tiempo que pasaba, y mostrarsele unos á otros diciendo: «Ese es á quien el amor de dos reyes no ha podido hacer que abandone á Dios.» Todo esto le habia escitado á hacer profundas reflexiones, que no le permitia su candor conservar por mas tiempo en secreto. Se levanta como enaginado, se arroja á los pies del Santo, el cual se inclinó por su parte para levantarle, y vertiendo lágrimas, entre sollozos y gemi-

dos, le dijo estas palabras que apenas podia articular: «Padre mio, vos tenéis el espíritu de Dios, y solo vos habeis conocido bien las cosas: todos nosotros somos unos ciegos que os aconsejábamos sacrificar el honor de Dios á la voluntad de un hombre. Me arrepiento, Padre mio, me arrepiento con amargura y os suplico me perdoneis. Aquí tenéis mi persona y mi reino; estoy resuelto á esponerlo todo por Dios y por vos. En tanto que me haga la gracia de concederme la vida, jamás os abandonaré ni á vos ni á los vuestros.»

En efecto, desde este momento fué inviolable la protección de Luis á favor del confesor, á pesar de las conjuraciones y amenazas que en vano continuó haciendo el rey de Inglaterra. Y estrechándole este mas vivamente por medio de sus enviados: «Id, respondió Luis, y decid á vuestro amo que si no quiere abandonar las costumbres que pretende tener de sus antepasados, y que son calificadas de contrarias á la ley de Dios, menos quiero perder yo el derecho propio y el mas apreciable de mi corona. De tiempo inmemorial está la Francia en posesion de proteger la virtud desgraciada, y de abrir su seno á los que son perseguidos por la justicia. Yo he recibido al arzobispo de Cantorbery de manos del Papa, unico superior que reconozco en la tierra; y no hay rey, ni emperador, ni poder alguno en el mundo que sea capaz de hacerme abandonar (1).»

En este tiempo vivia en Inglaterra un santo ermitaño llamado Godrico (2). Era un hombre sencillo y sin estudios, hijo de padres pobres, y que se dedicó al principio á un comercio poco importante. Despues renunció al mundo, y fué á pie descalzo en peregrinación á Roma y á Jerusalem; y en

fin, se retiró á un desierto en el distrito de Durham. Allí en medio del bosque cultivaba un pequeño campo, del cual sacaba para su subsistencia y para ejercer la hospitalidad. Su mortificación era increíble. Por espacio de cincuenta años llevó una camisa de mallas de hierro debajo del cilicio, y por encima un hábito de lana tosca. Su alimento consistia en un poco de pan de cebada mezclado con ceniza, y en algunas yerbas inspidas que conservaba cocidas ó arrolladas en forma de pelotones. No hablaba mas que tres veces en la semana para edificación de los que iban á visitarle: desde la septuagésima hasta la octava de Pascua, como igualmente durante el Adviento, no profecía una sola palabra.

Habiendo ido á verle un monje de Westminster, poco tiempo despues de la elevación de Tomás á la Silla de Cantorbery, Godrico le habló del nuevo arzobispo: «¿Le conocéis vos, padre mio?» le preguntó este religioso. — «Jamás le he visto con los ojos del cuerpo, respondió Godrico, pero muy bien con los del espíritu. Si se presentase delante de mí, le distinguiria entre miles de personas.» Admirado el monje y sobrecogido de una especie de temor, no se atrevió á preguntarle mas. «Saludadle de mi parte, continuó el solitario, y decidle que no abandone su designio, que es agradable á Dios. Esperimentará violentas contradicciones, le echarán de su iglesia, permanecerá largo tiempo fugitivo en país extranjero; mas despues de esta penitencia, volverá á entrar en su Silla con mas honor que antes.» Esta predicción fué referida al arzobispo, el cual se encomendó á las oraciones de Godrico. Algunos meses despues sucedió la desgracia del prelado.

Pareciéndole mas distante que nunca el fin de su destierro, despues de la conferencia de Montmiral, envió secretamente á saber de Godrico cuándo se acabarían sus

(1) Lib. 3, ep. 79.

(2) Boll. tom. 16 ad 21 Maji.



males (1170). El enviado estuvo cerca de ocho dias sin poder lograr que el solitario le abriese la puerta, verosímilmente á causa de la Cuaresma, pues era en el mes de marzo; mas, en fin, el varon de Dios le abrió, y le dijo: «decid á vuestro amo que no tardará en recobrar la gracia del rey, que será restablecido con honor en su iglesia, y que la alegría de los pueblos sobrepujará al dolor que les ha causado su destierro. Es verdad que esta ceremonia pasagera concluirá con una violencia y una atrocidad espantosa; pero entonces Godrico ya no existirá en la tierra. Decidle además y repetidle, que dentro de nueve meses se verificará todo lo relativo á su persona.» En el mes siguiente murió San Godrico, no menos célebre por otras muchas predicciones que hizo (cuyo cumplimiento confirmó su verdad) que por sus muchos milagros.

En fin, en el mes de julio se hizo la reconciliacion entre Tomás y su soberano. Este príncipe que temia sobre todo ver su reino sujeto al entredicho, previno al Papa, á quien escribió lo que quiso, y aun logró corromper al ministro de la primera legacion que le habia enviado Alejandro. El arzobispo por su parte escribió á Roma con la firmeza conveniente á la causa que sostenia, y ya la verdad se habia manifestado con evidencia á los ojos del Pontífice. Graciano y Viviano, dos legados incorruptibles enviados en su consecuencia, desconcertaron todas las tramas de Enrique. Tomás por otra parte en virtud de su noble título de primado de Inglaterra y de legado de la Santa Sede, hacia vibrar sobre este reino los rayos de la Iglesia desde el seno mismo de la Francia, con tanta resolucion como si estuviese sentado en su Silla con todo el esplendor de su primera gloria. Su celo debió estenderse todavía á corregir una nueva culpa que el rey acababa de cometer contra el derecho constante de la iglesia de

Cantorbery, haciendo consagrar á Enrique su hijo primogénito por el arzobispo de York. El mismo rey Luis se creyó insultado de que su hija, prometida al jóven príncipe, no hubiese sido coronada con él.

Para salir de tantas dificultades, declaró Enrique que queria hacer la paz con el arzobispo segun el plan que el Papa habia dado. Debiendo imponerse el entredicho en sus Estados dentro del término de cuarenta dias si no se determinaba, envió con gran diligencia comisionados á Tomás, y él mismo fué en persona hácia el 20 de julio á los confines del pais de Chartrain y de la Turena, donde habia de tratar al mismo tiempo con el rey de Francia. Tomás llegó el 21, y al siguiente, dia de la Magdalena, se presentó muy de mañana el rey de Inglaterra en el lugar señalado con una corte numerosa. Llegó en seguida el arzobispo acompañado de señores franceses de la comitiva de su rey. Luego que el rey Enrique descubrió á Tomás se separó de los suyos, salióle al encuentro, y le saludó el primero con la cabeza descubierta. Diéronse la mano, se abrazaron desde el caballo, luego se retiraron á parte, y se esplicaron amigablemente con tantas demostraciones de franqueza como si nunca hubieran estado divididos; lo que sorprendió de un modo agradable á los espectadores y los enterneció hasta hacerles derramar lágrimas. El mismo rey se manifestó muy enternecido á los consejos paternales del arzobispo. Los escuchó no solamente con sumision, sino tambien en ademan de contento: prometió seguirlos y aplicarse seriamente á corregirse. No obstante, dijo el rey, «por lo que hace á aquellos que han hecho traicion á vos y á mí, los trataré como merecen.» A estas palabras el prelado bajó del caballo para echarse á los pies del rey; mas el rey asiendo del estribo le obligó á montar otra vez, le concedió todo y derramando lágrimas, añá-

dió: «en fin, señor arzobispo, volvamos á nuestra antigua amistad, hagamos todo el bien que podamos, y olvidemos enteramente lo pasado.» Y para cerrar la boca á todos aquellos que fomentaban la division, se acercó á los que le acompañaban, y dijo en voz alta: «Señores, he hallado en el arzobispo todas aquellas disposiciones que se podian desear; si por mi parte no procediese bien con él, seré el mas detestable de los hombres y acreditaré la verdad de todo el mal que se dice de mí. No me queda otro partido que tomar mas que el de estudiar el modo de aventajarle en la amistad y en los buenos oficios.» Todos lo aplaudieron con vivas aclamaciones.

Se decidió pues que el rey volveria á su gracia al arzobispo, que le daría paz y seguridad á él y á los suyos, que le restituiría la iglesia de Cantorbery y las tierras de su dependencia; y en fin, que repararía las faltas que habia habido en la consagracion de su hijo. Tomás por su parte prometió el amor, el honor y todo el servicio que un arzobispo puede hacer segun Dios á su soberano: despues de lo cual no pensó en mas que en volver á su iglesia estando todavía el rey á este lado del mar. Hizose preceder de algunos de los suyos, los cuales, siendo mal recibidos del jóven rey y de sus ministros, escribieron al arzobispo que no partiese hasta que la paz estuviese mejor asegurada. Los usurpadores de los bienes de su iglesia y sobre todo algunos prelados excomulgados, se manifestaron horriblemente irritados contra él. Algunos furiosos se habian gloriado en presencia de muchas personas de que le quitarían la vida antes que hubiese comido un pan entero en Inglaterra. Así nos lo manifiesta el Santo en la última carta que escribió al rey su señor (1). En su consecuencia, su primer

(1) Lib. 6, ep. 64.

pensamiento fué presentarse de nuevo á este príncipe para lograr mayor seguridad; pero apremiándole luego la necesidad de la iglesia de Cantorbery, como lo dice en la misma carta: «Iré, señor, prosigúe, y moriré antes que dejar perecer á esta iglesia desgraciada. Conozco todo cuanto arriesgo si no tomáis medidas eficaces y prontas; pero sea que yo viva ó sea que muera, siempre soy vuestro fiel vasallo, y ruego al Señor derrame sus bendiciones sobre vos y sobre vuestros hijos.»

Al llegar á Rouen con el designio de embarcarse, supo que sus enemigos, entre los cuales se hallaban el arzobispo de York, y los obispos de Lóndres y de Sarisbury, estaban ya en Douvres para salirle al encuentro, amenazando altamente que le cortarían la cabeza si pasaba el Estrecho. Algunos amigos intentaron de nuevo detenerle; pero él les respondió: «Veó la Inglaterra y entraré en ella si es la voluntad de Dios; aunque sé ciertamente que voy al martirio.» La víspera de embarcarse envió cartas del Papa en las que se imponía suspension al arzobispo de York y al obispo de Durham; y otras cartas en que se volvía á excomulgar al obispo de Lóndres y al de Sarisbury; asimismo se suspendía en ellas á los obispos que habian asistido á la consagracion del jóven rey. Con todo, en lugar de ir á Douvres donde le aguardaban sus enemigos, abordó al puerto de Sandwich, distante solo seis millas de Cantorbery. Los gentiles-hombres que acompañaban á los tres prelados, salieron inmediatamente de Douvres, y se dirigieron armados al buque donde estaba el Santo. Por fortuna habia ganado los pasos un pueblo innumerable que cubria la ribera, gritando: «Bendito sea el que viene en el nombre del Señor! Bendito sea el padre de los huérfanos y el apoyo de las viudas!» Los unos lloraban de alegría y los otros de compasion: la multitud se postraba en el